

JUGANDO CON LAS ILUSIONES

Rosendo Flores era un campesino de tierra adentro, de un lugar alejado de la mano de los gobernantes; tenía una casa humilde, techo de paja y paredes de adobe, oscura y con las comodidades escasas. Vivía con su mujer hacía siete años, con la que tuvo cuatro hijos. No tenía un trabajo desde mucho tiempo atrás, por eso cuando apareció perdido por esos caminos donde nadie circulaba habitualmente, Florencio Troncoso, un empresario, agradecido por la hospitalidad de Flores y su señora, y al ver la mala situación social que tenían, le prometió trabajo seguro que le proveería un futuro mejor.

Troncoso, al despedirse, le escribió en un papel la dirección donde debía concurrir para comenzar a trabajar. Rosendo tenía sentimientos encontrados, por un lado estaba feliz de esta nueva oportunidad y por el otro tenía mucho miedo, ya que nunca había salido ni conocido otro lugar que no fuera ese campo. Campo que otrora había sido fructífero en las épocas en que lo trabajaba con su padre pero que luego de fallecer fue decayendo y a pesar de sus esfuerzos por mantenerlo, no lo logró.

Después de hablarlo mucho con su mujer e hijos, comenzó a armar el avío y se encaminó hacia la ciudad. No fue fácil el momento, dejar sus afectos, su rancho, su campo, su vida simple de hombre de tierra adentro, pero tomando coraje se adentró en el camino polvoriento, no sin antes escapársele unos lagrimones que bien supo disimular echándole la culpa al polvo.

No tenía dinero para el transporte así que hizo todo el viaje pidiendo aventones a los automovilistas solidarios que lo quisieran acercar. Así fue que conoció a don Cipriano, camionero de años y que ofreció llevarlo hasta la misma ciudad de Buenos Aires, ya que ahí terminaba su reparto de cereales.

El viaje fue largo pero entre charla y mate se hizo más ameno, Cipriano le preguntó a Pereira a qué iba a la ciudad y el gaucho parco le dijo que por trabajo. Luego de días de viaje, parando en cuanto pueblo había para comer y descansar, llegaron a la gran ciudad. Cipriano y Flores se despidieron con un apretón de manos y cada cual siguió su camino. Uno a los silos para descargar el cereal y el otro a buscar esa dirección que le cambiaría la vida.

La ciudad se le presentaba enorme y desafiante, las luces, el tránsito intenso, la gente apurada y sin registrarlo, mientras buscaba un lugar donde pernoctar. Encontró uno no muy agradable pero servía para descansar, comer algo y darse un baño.

Al otro día se dirigió entusiasmado al domicilio anotado en ese papel sucio y ajado; anduvo y anduvo hasta llegar a la dirección: Alberdi 490, pero para su asombro ahí sólo encontró una casa abandonada por años. No había rastros de que hubiera estado funcionando

nada. Flores se sentó en el cordón de la vereda, apoyó su cabeza entre las piernas y lloró al darse cuenta de que había sido estafado en su buena fe.

Los pocos billetes que tenía se los había gastado para este viaje, así que no se podía volver. Tenía que encontrar la manera de ganar dinero para poder traer a su mujer y sus cuatro hijos, ya que era imposible seguir viviendo en su pueblo, donde el trabajo no abundaba y la gente se marchaba en busca de buenas oportunidades.

Anduvo caminando durante muchas horas sin saber por dónde andaba, ya que no conocía nada, y mientras tanto su cabeza marchaba a mil pensando ¿qué sabía hacer él para ganarse la vida?, cuando chocó con un bar de no muy buen aspecto donde había un cartel que decía “se necesita personal de servicio”; y se presentó; los requisitos no eran muchos, sólo se le pedía que limpiara los platos sucios y barriera el local una vez retirados los clientes, la paga no era mucha, pero incluía un lugar donde dormir y la comida del día, y para un hombre que no conocía los lujos le pareció apropiado y lo aceptó.

Pasaron muchos meses, nada fáciles ni para él, que estaba alejado de su familia en una ciudad inhóspita, ni para su mujer que tuvo que lidiarla con la casa y los hijos. Sin embargo no todo es malo en la ciudad. Un día, caluroso y pesado, Flores estaba limpiando el piso del bar, antes de que empezaran a llegar los clientes, cuando escucha una voz conocida, levanta la vista y ahí lo ve, don Cipriano, el camionero solidario que lo trajo a Buenos Aires

- ¡Eh! ¡don Flores! ¿qué hace usted por acá? ¿No iba a estar en una gran empresa?
- Así era don Cipriano, apenado bajando la cabeza, pero alguien me jugó una broma burlándose de mi inocencia y me pasó una dirección que no existe

Cipriano escuchó y quedó apenado ante esta noticia y dijo:

- Lo siento mucho paisano...
- Gracias don, así que ahora estoy acá, trabajando en este bar de mala muerte para juntar dinero para traerme a mi mujer e hijos que han quedado solos y vaya a saber cómo les está yendo. No quedó mucha plata en el rancho y me preocupa.
- Le invito un trago, dijo Cipriano, venga siéntese conmigo.
- De ninguna manera, usted ya hizo un montón por mí, y el dueño no permite que me relacione con los clientes.
- Tranquilo, don Paco es arisco pero por fuera nomás, por dentro es un pan de Dios y además es amigo mío de años, no se va a molestar porque tomemos un trago.
- Bueno, siendo así, dele nomás, pida lo que quiera se lo sirvo.

Pasaron varios minutos, tomando y tomando, hablando poco, ya que habíamos dicho que Rosendo Flores era un hombre de pocas palabras. Ya iba a volver a sus tareas cuando el camionero le toma el brazo y le dice:

- Don Rosendo ¿usted sabe manejar camiones?
- ¿Qué si sé? Pues claro, cuando mi padre vivía y el campo funcionaba bien yo manejaba lo que se ponía adelante.
- Yo ya me estoy poniendo viejo, sabe Flores, y manejar toda la noche como cuando era joven se me está haciendo duro y necesitaría alguien que me reemplace en los viajes, así yo me puedo quedar más tiempo con mi Clarita, que está media enferma sabe?
- Y que me está queriendo decir, no le entiendo...
- Eso, que si no se anima a manejar usted mi camión, la paga es muy buena, quiero decir que se gana buen dinero con los viajes trasladando cereales por el país y si se anima podría presentarlo con el patrón de la cerealera.
- ¿Haría eso por mí? ¿Don Cipriano?
- No sólo por usted, sino por mí también. Además su pueblo es un paso obligado en el trayecto y eso le permitiría traerse a su familia. Y acá yo tengo algunas propiedades que he comprado de a poquito, ha visto, como para ir armándose un futuro tranquilo y bien podría cederle una casita para que vivan y se hagan acá en la ciudad.

Rosendo Flores no podía creer lo que sus oídos escuchaban, el corazón le empezó a dar de brinco y los ojos se le llenaron de lágrimas.

- Ande hombre deje de llorar como un crio, dijo don Cipriano.
- No si no estoy llorando, es esta tierra que me da alergia en los ojos.
- Jajajajajaja, bueno, qué me dice, acepta o va a seguir parado ahí como un pavo.
- Claro que acepto don, cuando quiera le manejo el camión y le ayudo para lo que necesite. Gracias, gracias de verdad, no todos son malos en esta ciudad, todavía existe gente gaucha como en mi pueblo.
- Bueno basta de sobarme el lomo y vamos a hablar con el cerealero para decirle que a partir de mañana Cipriano Gómez, ese es mi apellido por cierto, tiene ayudante en el camión.

Rosendo se quitó el delantal, guardó la escoba, se despidió del dueño del bar que había estado escuchando toda la conversación, no sin antes agradecerle la oportunidad brindada y se marchó con su pequeño avío rumbo a una nueva vida.